

Iglesia y el Estado y se extiende con gran franqueza sobre otros aspectos, en especial sobre las dificultades internas que su gobierno debe sortear.

En lo que toca a las relaciones de Chile con la Santa Sede, D. Jorge Alessandri recomienda reiteradamente a los Sres. Aldunate y Lira que empleen la mayor prudencia frente a las autoridades vaticanas, expresa su deseo de que haya unión entre los católicos chilenos y que los nombramientos de obispos recaigan en eclesiásticos que no se hayan inmiscuido en política.

Durante el gobierno del Sr. Alessandri los Nuncios de Su Santidad en Chile fueron los Monseñores Sebastiano Baggio, Opilio Rossi, Gaetano Alibrandi y Egano Righi-Lambertini. En las cartas contenidas en el libro que comentamos se advierte el grado de relación que el Presidente tuvo con cada uno de ellos y el rol que les correspondió desempeñar frente a la Iglesia chilena.

También se desprende de estas cartas que D. Jorge Alessandri era un católico observante, pero con clara conciencia de ser Presidente de un país con libertad de cultos. Era contrario a la intervención del Estado en asuntos de la Iglesia y a que los eclesiásticos intervinieran en asuntos políticos.

Este libro proyecta luz sobre un aspecto interesante y poco divulgado del gobierno de D. Jorge Alessandri.

<https://doi.org/10.29393/At474-18DMAO10018>

DINERO DE MARTIN AMIS

(Barcelona, Compactos Anagrama, 1992)

ALEJANDRA OCHOA

Becaria Fondo Nacional del Libro y la Lectura

A fines de los años ochenta comenzó a divulgarse en lengua española la producción literaria de una nueva promoción de escritores ingleses. Entre ellos cabe destacar los nombres de Kazuo Ishiguro (*Lo que resta del día*); Hanif Kureishi (*Londres me mata*, *El buda de los suburbios*); Julian Barnes (*El loro de Flaubert*, *Una historia del mundo en diez capítulos y medio*); Ian MacEwan (*Jardín de cemento*, *El inocente*) y Martin Amis (*El libro de Rachel*, *Campos de Londres*, *Dinero*).

Dinero, publicada originalmente en 1984 bajo el título de *Money. A Suicide Note*, apareció sólo en 1992 en lengua española con el subtítulo "Carta de un suicida". La novela se estructura como un extenso monólogo del narrador protagonista llamado John Self, nombre cuya traducción aproximada corresponde a "John Yo" o "John el Mismo", denominación que resulta bastante importante tanto para la resolución del conflicto novelesco como para las implicancias de sentido que resultan de la relación entre el nombre y la expresión inglesa "self made man", que es lo que precisamente caracteriza al protagonista, un publicista inglés de treinta y cinco años que ha llegado a triunfar gracias a su esfuerzo personal, teniendo absoluta conciencia de su origen poco aristocrático.

Su vida transcurre entre Londres y New York, ciudades pobladas por adinerados londinenses y por estrellas de cine norteamericanas que conviven con la pornografía, el *fast food* y la sobredosis a ambos lados del Atlántico. En este contexto, la figura de John Self, adicto al sexo, a las drogas y un poco crecido –según él– para el rock, representa a plenitud el exceso de Occidente. Un mundo donde el nuevo dios es el *DINERO* y el nuevo héroe es el que más consume.

El grotesco, el exceso y la ironía son los rasgos más sobresalientes de esta entretenida y despiadada novela. No hay problemas de autocensura para referirse al cuerpo, a los deseos, a la pornografía: “Me toqué los dedos gordos de los pies. Me serví más café y abrí otra cajetilla. Bostecé con satisfacción. Y bien, muchacho, me pregunté, ¿qué tal una paja ahora?” (50). Todo puede obtenerse en una de las ciudades del consumo ilimitado: “Después le compré un canuto, una píldora estimulante, un poco de cocaína y otro poco de opio a un camello listo que me abordó en Times Square, y me metí en los lavabos para tomármelo todo de golpe. Dicen que esto es un grave error pues, según parece se te pueden cruzar los cables si combinas la hierba con cosas como la heroína”. (131).

Sin embargo, esta “Carta del suicida” va mostrando, paralelamente a la superficie del éxito, la profundidad de la crisis personal del protagonista: “Fíjense en mi vida. Ya sé lo que están pensando. Están pensando: ¡pero si es una vida fantástica! ¡Magnífica! Están pensando: ¡hay tíos con suerte! Bueno, supongo que parece fantástico con tantos vuelos y tantos restaurantes, y taxis y estrellas de cine, y Selina, y el Fiasco, y el dinero. Pero mi vida también es mi cultura particular (...) Y quiero que miren mi cultura personal. No es un lugar bonito. Y por eso me muero de ganas de salir disparado del mundo del dinero para irme... ¿Adónde? Díganmelo ustedes, por favor. Yo solo jamás lo conseguiré. No sé cómo”. (55). Si bien el nivel de análisis de John Self, en esta y otras citas semejantes, no alcanza un nivel de conciencia que permita el cambio, su testimonio sirve, en una clave irónica que recuerda la novela picaresca, para que los lectores puedan entrever la real dimensión del mundo representado.

Una de las notas más irónicas y llenas de humor es la presencia de Martin Amis, el autor real, como personaje del libro. Amis es contratado por John Self para hacer el guión de su película y entre ellos se genera una especie de amistad y afecto mutuo. Amis, como buen autor, maneja más antecedentes de la historia que su propio personaje y se lo hace saber al final del relato. En verdad, una especie de juego de espejos en el cual se refleja y se presenta el escritor inglés. El aspecto más interesante de la novela radica en que, por vía de la exageración, el humor y la ironía, es posible presentar un mundo sin necesidad de teorizar sobre el bien y el mal. No existe el más ligero afán de moralizar ni de dictar cátedra. Incluso, ni siquiera podremos saber si todo lo que le sucede al protagonista le servirá para cambiar su forma de vida. La ambigüedad subsiste, y eso hace que la escritura de Amis sea más sugerente, más llena de sentidos a descubrir.

Ciertamente, la novelística inglesa tiene mucho que aportarnos. Abierta al mundo, no podría catalogársela de insular, y no sólo por Amis, que recrea ciertos mundos norteamericanos, sino también por Barnes y sus relaciones con Francia, por Ishiguro y sus evocaciones japonesas o por Kureishi, un *paki* inserto en la cultura inglesa. En esa medida, Martin Amis tiene mucho que decir para entender un poco más esta época finisecular.